

Firma invitada

Artistas en el año de Víctor Bailo

Antón Castro

Una reflexión sobre el estado del arte contemporáneo en Zaragoza siempre es útil. Mucho más si surge del recuerdo del galerista Víctor Bailo en el centenario de su nacimiento.



CaixaForum Zaragoza

El año de 2014 es un año de efemérides. Es el año del centenario del nacimiento de Octavio Paz, de Marguerite Duras, de Adolfo Bioy Casares, de Bohumil Hrabal o de Julio Cortázar, entre otros, el año en que se conmemora el inicio de la I Guerra Mundial, el año en que Nicanor Parra, tan iconoclasta, está a punto de cumplir cien años. Y también es el año en que nació un personaje capital de la cultura aragonesa de posguerra: Víctor Bailo (Leciñena, 1914-Zaragoza, 1975). Siguió la senda de su primo Tomás Seral y Casas en la sala Libros, de la calle Fuenclara, y a partir de 1945, hasta su prematura muerte, dirigió ese espacio de su propiedad que era librería, tienda de enmarcación y tienda de discos, y galería de arte, en la planta superior. Por allí pasaron artistas extranjeros, españoles y aragoneses: Bailo, un apasionado, un curioso y un emprendedor, siempre dio cabida a los artistas jóvenes. Tenía, casi como impronta personal, apostar año tras año por un joven creador aragonés. Poseía ojo, determinación y sensibilidad, y para muchos fue algo

más que un galerista: fue un maestro y un intelectual que animaba tertulias y despertaba incitaciones, tal como se han encargado de recordar numerosos artistas y el psiquiatra, psicoanalista e historiador del arte Javier Lacruz Navas, que acaba de publicar una biografía de Manuel Viola, donde le rinde homenaje y cuenta que conoció allí, en sus salas, la obra del carismático artista de 'El Paso' y las de muchos otros.

La figura de Víctor Bailo despierta admiración y quizá un punto de nostalgia. Así, a vista de pájaro, parece que en Aragón no tenemos personajes de ese calado, con esa voluntad de intervención. O quizá sí, pero les falta el barniz de la leyenda, la pátina del tiempo. También a mí me despierta añoranza la figura de Salvador Victoria (Rubielos de Mora, 1918-Madrid, 1994), un artista solitario y solidario. Se formó en su pueblo turolense y en Valencia, se trasladó a París donde conoció el desgarramiento de la posguerra europea, asimiló el tachismo y el informalismo, con claras dosis de tenebrismo, y volvió a España donde realizó una obra

personalísima, inscrita en la geometría lírica que tenía al círculo como elemento nuclear de su producción.

Salvador Victoria era un artista del color y de la sensibilidad: a veces hay en él como un eco constante, visual, de Fray Luis de León, de Antonio Machado y de la música de las esferas. Su viuda Marie-Claire Decay tuvo un elegante gesto: donó al IAACC Pablo Serrano una colección de más de 60 obras del artista. Obras de varios períodos, pero especialmente de los años de madurez. La donación es coherente con la relación tan afectuosa y próxima que tuvieron Pablo Serrano y Salvador Victoria, ambos turolenses: el artista formaba parte del Patronato, ya desaparecido, que eligió al escultor de Crivillén antes de su muerte para preservar su legado y sus sueños.

El IAACC Pablo Serrano cuenta con una nueva colección: 'Circa' de Pilar Citoler, que ha sido adquirida por algo más de un millón de euros. La compra se ha hecho de prisa, sin un análisis de fondo y sin debate público o de expertos, por decisión casi unila-

teral de la presidenta Luisa Fernanda Rudi. Seguramente su exhibición y su mantenimiento, cargados de exigencias, entrarán en colisión con el legado de Pablo Serrano. Es una colección irregular, voluminosa, que aspira a la totalidad, pero no tiene obras definitivas de los artistas. Con todo, ha sido expuesta en distintos lugares de España y tampoco debe desdeñarse. Ya está aquí y se trata de sacarle partido y de que sirva para reordenar la política de artes plásticas de la Comunidad, errática o casi extinta en esta legislatura. Eso sí, no debería eclipsar ni la obra de Pablo Serrano y Juana Francés ni las colecciones de fondo del Gobierno de Aragón que no han sido expuestas con un discurso elaborado y coherente. El IAACC, más allá de que exponga en una o en varias muestras 'Circa', tiene una deuda pendiente con el arte aragonés, desde Pradilla hasta nuestros días (aunque expertos habrá que ajusten los períodos) y además la tiene en ese museo.

Aragón es muy paradójico en materia cultural. El IAACC no puede asumir las exposiciones de artistas jóvenes (ellos lo tienen que costear todo, algo que nadie se podría imaginar en el Centro Reina Sofía o en La Casa Encendida, pongamos por caso) ni el Gobierno de Aragón puede mantener la dotación económica alguna para el Premio de las Letras Aragonesas y el Premio Aragón-Goya, y si tenía caudales para hacer el desembolso de 'Circa'. O tampoco puede colaborar en los Premios de la Música Aragonesa o en los Premios Simón, en cuyas entregas ni comparecieron la Consejera María Dolores Serrat o el Director General de Cultura Humberto Vadillo, como tampoco lo hizo la televisión pública en directo. Parece consecuente que la CARTV le dé la espalda a estas celebraciones, y a otras, si el propio Departamento de Educación, Cultura y Deporte hace mutis por el foro. Con los Premios Simón, donde se evalúa en buena parte la industria audiovisual que sostiene el medio, hicieron un especial varias semanas después. Pero estas decisiones, que contrastan con la

ausencia de pereza o la exhibición de talón presupuestario ante el deporte o la Semana Santa, invitan a reflexionar sobre los usos de la televisión pública y sobre su compromiso real con el tejido cultural de Aragón. Todo suma y algunos medios más que otros por su inmediatez y por la capacidad de mostrar cuánto ha hecho y hace, con un increíble entusiasmo y con mucho acierto, la sociedad civil.

“ Es una colección [la de Pilar Citoler] irregular, voluminosa, que aspira a la totalidad, pero no tiene obras definitivas de los artistas. ”

En otro apartado de cosas, querría recordar a un artista como Eleuterio Blasco Ferrer (Foz-Calanda, Teruel, 1907-Alcañiz, Teruel, 1993). Hijo de alfarero y vendedor ambulante de quincallería y de cerámica, se formó en Barcelona. Practicó la escultura, en chapa, en terracota y en hierro, fue pintor surrealista y expresionista y un espléndido dibujante desde su juventud hasta su muerte. De filiación anarquista, ejerció de cartógrafo del Ejército Republicano, fue recluido en dos campos de concentración en Francia y logró rehacer su carrera en Burdeos, Marsella y finalmente en París, donde fue un importante artista del exilio. Conoció a Picasso, que le ayudó en varias ocasiones. Fue un artista comprometido, anarquista, colaboró en prensa y defendió siempre a los de abajo.

El historiador Rubén Pérez Moreno le dedicó una tesis doctoral en 2013 y tiene un claro objetivo, o al menos un sueño: le gustaría que Zaragoza, Huesca y Teruel, o alguna de ellas siquiera, pudiesen ver una antológica de Blasco Ferrer, que presenta semejanzas con la escultura de Ramón Acín y Pablo Gargallo, con la pintura de vanguardia, con Gutiérrez Solana y Rouault y Kirchner, entre otros. Le interesaron la mujer y la maternidad, los arlequines,

los bailarines, los tipos populares o la figura de don Quijote.

Regresó a España en 1985 y residió en Barcelona, en un hostel, hasta unos pocos meses antes de su muerte: falleció en Alcañiz en 1993 y fue enterrado en el pueblo de su madre, Molinos (Teruel), a cuyo museo donó una gran parte de sus obras, de las pocas que no había vendido (tiene dos piezas, por poner un ejemplo, en el ayuntamiento de París y muchas en varios museos del mundo), así como sus archivos. Eleuterio Blasco Ferrer, según ha contado Rubén Pérez Moreno, solía llevar la maleta de viaje de su vida en el arte llena de recortes, de fotos, de dibujos, de pequeños objetos y de recuerdos.

Otra de las novedades en el universo del arte es la inauguración del CaixaForum: se hace con la colección de arte contemporáneo de la Caixa, en la que por ejemplo hay obras de Antonio Saura o videoocreación de Javier Peñafiel, entre otros. No es una exposición popular ni será multitudinaria, pero en la apertura la gran colección o la gran exposición es el CaixaForum mismo, el edificio, ese proyecto de Carme Pinós, que es una auténtica maravilla: de líneas, de trazado, de luz, de coherencia visual y de trayecto. Un nuevo emblema de la arquitectura moderna: útil, muy elaborado, ligero, de contenida belleza. Tiene muchos espacios, aulas, salón de actos, rincones y debe ser un centro de actividades que ensanche el imaginario artístico y cultural de Zaragoza y de Aragón.

No es que con CaixaForum se invente la pólvora, pero llega con una misión inequívoca: no aspira a ser solo un centro de exposiciones, sino un ambicioso espacio cultural donde habrá cabida para muchas actividades: conciertos, conferencias y debates, ciclos específicos, cine, talleres de creación... El CaixaForum debe ser un nuevo estímulo, no solo para las demás instituciones privadas y públicas, sino para los artistas y, sobre todo, para el público. Aragón, y Zaragoza en particular, necesitan desde hace años un público que se comprometa con el arte contemporáneo.